


# CARTA DE UN CABALLO

Olof Wessberg



El otro día recibí la carta de un caballo viejo, enfermo, arruinado y miserable que andaba por las calles entre Cóbano y Montezuma en la Península de Nicoya.

Claro que él mismo no la había escrito, como no tienen una mano para tal cosa. Pero ese caballo pobre y martirizado, uno entre miles en Costa Rica, dictó la carta a un hombre que entiende lo que dicen los caballos y él la escribió. Así dijo el caballo:

He envejecido trabajando para el beneficio de los hombres. Cuando era joven conocí por muy breve tiempo la libertad, pude revolcarme, corretear y echarme a voluntad. Pero pronto pasé a trabajar para un hombre y después para otros y en lugar de enseñarme con paciencia y buen trato, me han dado más de un golpe y latigazo y espuelazo por no acertar yo a hacer aquello que el hombre quería pero no me había enseñado. Muchas veces me pegaron en el pescuezo o hasta en la cabeza y un día de esa manera me sacaron un ojo. Sólo los hombres brutos o sin inteligencia hacen tal cosa. Muchos compañeros míos han perdido un ojo por causa de jinetes brutos que les han pegado de esa manera.

Otras veces no me daban de comer pero me amarraban a poste y no me ocupaban y no me daban ni un poquito de tiempo para comer en el pasto, ni hablar de ofrecerme agua o un puñito de maíz o unos cuadrados!

Unos de mis amos me ponían siempre peleros sucios que nunca lavaban y estos peleros eran con nudos y remiendos y huecos que me pelaron el lomo.

Muchas veces me tenían amarrado al puro sol y me dejaban así por horas mientras ellos se refrescaban en la sombra tomando cerveza y no sé qué y ni siquiera se tomaron la molestia de soltarme el duro bozal. Por eso ahora tengo como muerta la nariz. En el invierno me dejaban en lugares que me obligaban a pasar la noche con los cascos hundi-dos en el barro. Por eso los tengo ahora reventados y deformados y casi no puedo andar. Dijeron que la araña me dañó los cascos pero era mentira, la culpa era del hombre.

Varias veces estuve renco y el hombre bruto que me montaba no se apeó para conducir-me poco a poco a la casa, como lo hubiera hecho un hombre cristiano, civilizado e inteligente, pero siguió montado y me obligó a cargarlo y seguir a golpes, blasfemias y espuelazos. Por eso no sirvo más porque la rodilla se me hinchó crónicamente y se hizo tiesa. Pero el hombre que se dice cristiano dijo que me “salió goma de puro gusto”.

Cuando era joven fuerte y hermoso mi dueño me ponía aperos de mucho lujo y me mon-taba para impresionar a los vecinos, después me vendió a otro que me trató mal y éste me vendió a otro que era peor. Este último, cuando ninguno quería pagar nada por mí me regaló a un hombre pobre quien como yo “no valía nada” no me daba nada. Cuando no me obligaba a golpes a trabajar, me tenía encerrado en un rincón donde no había nada de comer para un caballo, sólo había espinas, tuete, oreja de chanco y otras malas hierbas que según ese hombre me debían servir de alimento.

Al fin cuando no pude trabajar más, ni con la más dura tortura, me echó a la calle, ese hombre que se llama cristiano para “que muriera como quisiera”, “Ese caballo ya no sirve para nada” dijo.

¡Aquí estoy ciego del ojo derecho, sordo de los dos oídos, con goma en una rodilla, los dos cascos delanteros agujereados, reventados y podridos, en el lomo una gran llaga y con miles de garrapatas por todas partes!

Yo sé que a mí me matarán los gusanos que están royendo dentro de mi cabeza, allí donde eran mis oídos cuando estuve joven. Para mí no hay una muerte ligera, la que todos ansiamos.

Pero ruego a todos los amos, a todos que a lo menos tienen un caballo u otra bestia, les suplico que hagan a sus fieles trabajadores este último favor: Cuando sus bestias estén viejas, no las venda o regale a cualquiera, no las abandone en la calle. Favor mátenlas humanamente sin dolores o sustos.

¡Librar humanamente de una vida llena de sufrimientos a un animal es un deber de humanidad y compasión!

¡Cuiden que mueran rápidamente, sin miedo, sin dolor y sin susto!

¡Muchas gracias!

*Liga Mundial de Protección al Caballo, Londres, Inglaterra.  
Olof Wessberg, Montezuma.  
Puntarenas, Costa Rica*

